

María Zambrano

Los sueños y el tiempo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo D. Fernando Muñoz Vitoria en el Vol. III de las OO.CC. de María Zambrano, 2011.

Primera edición: junio de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fundación María Zambrano, 2011
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-269-6
Depósito legal: M-6140-2026
Printed in Spain

Índice

- 9 Introducción

- 23 I. La vida: sueño-vigilia
- 23 La vida: sueño-vigilia
- 35 Sueño-vigilia: la ocultación
- 44 La caída
- 45 Los círculos temporales
- 50 La experiencia de la vida
- 54 El estar despierto
- 59 Del despertar

- 65 II. La atemporalidad
- 65 El sujeto en los sueños
- 66 El entrar en el sueño. El soñar
- 72 *Ypnos*
- 80 La duración y los tiempos
- 84 En lo más hondo de la atemporalidad
- 89 La inhibición temporal
- 98 La no sincronización
- 104 El ensueño sin forma
- 110 El ensueño de la intimidad consigo mismo.
La anunciación

- 115 III. La génesis de los sueños
- 115 La génesis del sueño y de los sueños

- 119 El Yo en los sueños
- 125 El vacío es el lugar del Yo
- 132 El viaje del Yo
- 138 La desposesión del Yo y el desdoblamiento
- 140 El Yo desposeído se convierte en imagen
- 143 Lo grotesco
- 149 La estructura del Yo
- 155 IV. Sueño y realidad
- 155 La situación que engendra historias
- 161 El tránsito del soñar a la realidad
- 165 El seguirse de la realidad y de los sueños
- 172 El camino de los sueños en el tiempo. El tiempo inalcanzable
- 177 El sueño de la conciencia. La aparición de lo mismo.
Lo ya visto
- 183 V. El absoluto de los sueños
- 183 El absoluto de los sueños
- 192 La verdad en los sueños
- 194 La procesión de los sueños
- 196 El sueño que se sigue

Introducción

No es que me haya propuesto hacer la metafísica de los sueños, ni de la realidad en tanto que soñada, sino que al ser el soñar la manifestación primaria de la vida humana, y los sueños una especie de prehistoria de la vigilia, muestran la contextura metafísica de la vida humana allí donde ninguna teoría o creencia puede alcanzar, en una forma rudimentaria y aun monstruosa, en privación y en exceso, en la impotencia del sujeto y de su correspondiente conciencia, casi como antes de haber nacido. Pues el sujeto está en sueños privado de lo que el nacimiento da ante todo, aún antes que conciencia: tiempo, fluir temporal.

En sueños aparece la vida del hombre en la privación del tiempo, como una etapa intermedia entre el no ser –el no haber nacido– y la vida en la conciencia, en el fluir temporal. En esta situación intermedia no se tiene

tiempo todavía. Todavía, porque el sujeto que la padece, solo moviéndose en el tiempo alcanza su realidad, solo entonces se apropia de la realidad que le circunda en la forma típicamente humana dada por el disponer de sí mismo. Bajo el sueño, bajo el tiempo, el hombre no dispone de sí. Por eso padece su propia realidad.

Cuál sea esta realidad propia de lo humano es cosa que puede perseguirse, irse vislumbrando en el aparente laberinto de los sueños; laberinto que resulta ser viaje, aunque fragmentario, interrumpido, interferido y recurrente. Se trata pues de perseguir una línea y, más que línea, una dirección unitaria a través del mundo de los sueños que se dan en discontinuidad, a los cuales falta la continuidad de la vigilia, siendo ello por principio la nota que distingue a los dos estados polares de la vida humana, el hemisferio de la claridad y el de la sombra –sombrió por privado de tiempo.

No puede decirse que el que sueña esté privado de la realidad, libre o fuera de ella absolutamente, sino que la padece, que está bajo ella; que no puede ni contenerla, ni ordenarla, que está privado –lo que le permite tratar con ello adecuadamente, adecuadamente a sí mismo, a su propia condición–, desposeído de sí, enajenado en la realidad que le invade. Enajenado por carecer de tiempo, en sueños. Enajenado en la vigilancia por haber de andar en el tiempo, mas libre y consciente. Mientras que en sueños, perdido en la realidad, aun en la suya, puede dejarla aparecer sin interferencia ni sombra por momentos, solo por momentos. Pues que si el hombre entra en

la vigilia por el despertar es porque en el sueño inicial que parece ser su vida primera, no puede alcanzarse a sí mismo, a ser sí mismo. Porque si la vida es sueño, es sueño que pide despertar. Enajenación inicial de alguien que busca identificarse. Y de ahí la angustia subyacente bajo los sueños, aun los felices. Pues que el sueño pide realidad.

Y el que sueña pide salir de ese estado en que, desgraciado o feliz, yace como larva en su capullo. De ese estado de inmanencia, que no parece ser propio de la vida humana. Pues si la idea inmanentista acerca del hombre correspondiese a la realidad, la vida sería como los sueños; la realidad, la circundante y la propia, sería solamente padecida, comentada como lo es en sueños, anotada, deformada, entrevista. Y aun las acciones con ella y aun sobre ella tendrían la misma condición: serían igualmente padecimiento, pasividad.

Padecimiento, ¿de qué? Pasividad, ¿con respecto a qué? Es lo que cabría preguntar a los representantes de cualquier especie de inmanentismo. Pues si el hombre padece esencialmente algo es su propia trascendencia, su propio inexorable trascender. Y esto no nos es posible decir que haya sido encontrado al examinar el mundo de los sueños. La realidad de los sueños y la realidad en sueños. Pero sí que en ella se deja captar. No ha sido en ella encontrado, pero sí en ella descubierto. Se descubre, o queda al descubierto más bien, en calidad de fenómeno, que el hombre es el ser que padece su propia trascendencia. Pues no es posible que tal condición de su ser quede

oculta y como aparte de las manifestaciones más elementales y espontáneas de la vida. Lo que el hombre sea ha de ser visible, legible en su vida.

Es pues un fenómeno lo que aquí se intenta penetrar o, más bien, descifrar. Fenómeno en lo que tiene de aparición del *ser* –y de la apariencia que lo encubre–. Encubrir que tratándose de un suceso de la psique no es simple encubrir, sino enmascarar, fingir, sustituir y suplantar. (De ahí que encontremos al descubierto el mecanismo de la mentira y aun de la calumnia).

El punto de vista de estar tratando con un fenómeno primario traza por tanto el camino a seguir en esta investigación. Camino, método, que no es sin embargo el llamado fenomenológico debido a Husserl. Por varias razones: ante todo porque aquí no es necesario practicar la *epoje* acerca de la creencia en la realidad. Tratándose del mundo de los sueños hay que esforzarse más bien en lo contrario, en concederle realidad, la suya, pues que nos enfrentamos con él desde la vigilia, en la cual aparece destituido por la conciencia que lo rechaza o simplemente lo descalifica.

Más en realidad no existe este problema, ya que la realidad que nos esforzamos en admitir de ellos es la realidad propia de una parte de la vida, su parte en sombra. La diferencia, pues, con el método de Husserl reside en un punto que se mantendría igualmente si se tratase de un fenómeno de la vida de la conciencia plena. Y es justamente el no mantenimiento de la *epoje*, la no reducción fenomenológica, que ha conducido el método de

Husserl así practicado –no nos referimos a su último pensamiento–, pues se trata justamente de perseguir y señalar los elementos de realidad aun dentro del sueño mismo. Realidad en el sentido de realidad sin más, como se da en la vigilia, y realidad en sentido absoluto, real sin discernimiento alguno.

Si a la vigilia queda reservado el sentirse en la realidad, entre ella, en los sueños, no más se entra en su hueco, se entra en el absoluto y cuando aparece algún punto de realidad es con este carácter de absoluto que solo en momentos extraordinarios acompaña a acontecimientos u objetos reales en la vigilia. Si en sueños se da algo real es real absolutamente por falta de sometimiento al tiempo que fluye, como sucede en la vigilia cuando se suspende el fluir temporal.

La suspensión, pues, la *epoje* a practicar aquí, está dada ya por la materia misma; es la *epoje* del tiempo sucesivo. Los sueños no nos permiten más que practicarlo, asistir a él. Lo que sería imposible de hacer, y aun de pensar, si solo contásemos con nuestro mundo diurno, donde nos movemos en un tiempo que no nos lo permite o, más cautelosamente diremos, en una dimensión del tiempo que se hace a la manera de un camino para este ser que padece su propia trascendencia, su propio pasar, ir pasando, ir pasando a, hacia; su rebosar del absoluto inicial de los sueños y del pasar de la vigilia.

En sueños, pues, se nos da la imposibilidad de vivir y de ser, de actualizar enteramente lo que somos, agobiados, impotentes bajo algo absoluto. Y absoluto es el ca-

rácter atribuido desde el primer momento al Ser desde Parménides. No es por ello real este absoluto dado en sueños. Constitutivamente es irreal. Irreal porque en él el hombre no puede valerse, falto de tiempo y libertad. La vida delira reprimida, se derrama sin cauce, se sobrepasa como si tendiera espontáneamente a ir, a marchar hacia y bajo lo absoluto, y despierta por el grano de realidad que a veces emerge –salvadora, aunque amenace–, y el sujeto humano, aun sin valerse, resiste. Entre estos dos absolutos, que aparecen separados, la vida se revela y aun se rebela en su fragilidad. La vida, un soplo, un aliento, apenas nada. Mas nunca nada, la nada.

Fenómeno, pues, fenómeno de algo absoluto que se nos muestra sin más, impregnando todo suceso. Mas bajo él, la vida del que padece esboza realmente y mima por momentos su propia trascendencia.

La vía de acceso a este fenómeno ha de ser lo menos imperativa posible; ha de dejar ver, dejar aparecer. Mas sería inútil y nada leal pasar por alto el carácter de este fenómeno, en el que la psique se manifiesta *libremente*, por así decir, cuya licencia de andar por el tiempo no requiere descifrarse. Justamente es eso lo necesario: descifrar y no explicar. Pues lo que inicialmente sorprende del sujeto humano es también fenómeno. Es por tanto una fenomenología del sujeto privado de tiempo, de lo que de él brota incoerciblemente ante el contacto nudo con eso, con ese absoluto con el que se las ve a solas, fuera de su medio. El medio del sujeto humano que es la temporalidad. El medio donde vive adecuadamente

a su condición actual –actual, presente, pues cabría imaginarlo en otra–. Al igual que en sueños yace sin tiempo, podría encontrarse en otra condición que no fuera tampoco la de la vigilia. Y aun podría suponerlo en otro tiempo, en otra dimensión del tiempo totalmente desconocida o bien insinuada, desapercibida para el hombre que atiende a lo que tiene que hacer en el tiempo o con el tiempo, más que a ese tiempo, más que a cómo se las vale en ese tiempo y las dimensiones que en él se le abran. Pues visto desde la atemporalidad del sueño, el tiempo es ante todo apertura, vía de acceso y vía en la que marchar. El tiempo que abre al que padece su propia trascendencia la posibilidad de actualizar esa unitaria contradicción; que si no la hubiera –contradicción– no habría vida; que si no la hubiera –unidad– no habría «esa» que la vida ve como suya.

Si el tiempo oculta y separa, diversifica, analiza y abre, a la vez, quizá quiera decir que el tiempo sea camino no solo para marchar en él, sino para conocer en él, para conocerse en él. El tiempo clave.

El descifrar antes indicado, pues, no se refiere al contenido de los sueños tal como se ha venido haciendo primero por las antiguas y más o menos serias claves de los sueños, y en la época moderna por Freud y sus seguidores. Lo que nos permite descifrar los sueños es el tiempo; y ellos a su vez permiten acercarse al tiempo tal como es vivido por el hombre. Que lo descifrado, pues, entre *los sueños y el tiempo* es la vida humana, la vida de aquel que padece su propia trascendencia.

El padecer, la pasividad se ofrece casi pura, y aun pura, bajo los sueños; no ha desaparecido por ello el ineludible trascender del sujeto sometido a esta prueba. En los sueños, pues, aparece un cierto comportamiento del sujeto, y en este sentido hasta cabe hablar de una cierta ética del soñar o de una ética en sueños, que no puede referirse en principio a la calidad, ni aun a la significación de las imágenes que la tengan, sino al comportamiento del sujeto privado de tiempo, a la acción que en tal desvalimiento intenta realizar, a cómo acepta su esclavitud y a cómo se mueve aun sin poder moverse. Y la condición del sujeto humano es tal que todo intento, aun fallido, de realizar una acción trascendente, un verdadero movimiento, acaba por ser eficaz. Pues resulta ser un ejercicio de su condición. Y valen más los intentos, aun fallidos, para encontrar la libertad, que la libertad misma cuando se goza de condiciones para ello, desde un punto de vista ético, en sueños y hasta en vigilia.

Este comportamiento del sujeto bajo la atemporalidad del sueño, privado de su medio de acción, no ha de ser necesariamente un rebelarse contra la esclavitud de su situación rechazando lo que el soñar le ofrece, al fin cosa suya o que dentro del recinto que le es encomendado se produce, aunque sean las balbucientes y a menudo mentirosas historias urdidas por la psique. La eficiencia no estriba en romper el espejo, por oblicua que sea su superficie, sino en insinuarse, en ir insinuando la conciencia, en ir abriendo dentro del mismo mundo onírico –la realidad hermética y absoluta– un camino

o esbozo de penetración. Después de todo como ante la realidad sucede; la realidad que tan a menudo se nos vuelve extraña, inaccesible, justamente cuanto más se acentúa su carácter de realidad. Entonces en la vigilia se está en un sueño.

Mas conviene señalar que tal situación –en la vigilia– no tiene lugar cuando algo se destaca con carácter de realidad simplemente. Es necesario, para que se produzca que este algo exceda la capacidad del sujeto, que venga a quedar asfixiado, o bien que la realidad se presente toda ella totalmente: la aparición de algo real con carácter de absoluto.

Apenas es necesario enunciar que la relación sujeto-objeto, o más bien sujeto-realidad, no se da en los sueños con la distinción que en la vigilia, que no está declarada en sueños por principio. Y cuando acontece es porque el sujeto se ha proyectado en un personaje al que intenta mover el sujeto real, como el autor a sus personajes o en el que ha cedido algo de sí mismo raramente. Hemos de subrayar la situación de padecimiento máximo, de pasividad habida en sueños, por lo cual su examen significa tomar de raíz la condición humana que es la de padecer su propia transcendencia. De raíz fenomenológica, como la primera y última manifestación irreprimible, como la sombra que el sujeto no puede reducir enteramente ni enteramente absorber en su vigilia, como el peso y el poso de ese su ir, su trascenderlo todo, en que una y otra vez recae. Marca y señal de la resistencia que se mantiene aquí, inexorablemente.

El hombre es el ser que padece su propia trascendencia. Y, por tanto, padece su realidad: la suya y la realidad en tanto que le es dada, que le concierne. Pero claro es que la realidad le es dada en tanto que le concierne, que es en cierto modo suya, aunque le resista. Más aún, si le resiste es porque le es dada a él, porque con ella se enfrenta ya desde el principio como sujeto. Como sujeto que no es simplemente un soporte, un punto fijo, una cosa o un *ser* acabado y fijo, ya completo, sino como un núcleo viviente que va más allá de donde está, que tiende a ser más allá de lo que es, que se sobrepasa. Un alguien –ser y no-ser a un tiempo– que trasciende y aun se trasciende. Pues si no se trascendiera a sí mismo, no se habría de padecer a sí mismo, a su realidad. Y este inexorable trascender se le manifiesta a sí mismo como esperanza.

La vida es este haber de trascender que se revela como esperanza, cuya primera manifestación, fenómeno, es la esperanza. El hombre es el ser cuya primera manifestación es la esperanza. La esperanza y no el instinto, y no la inteligencia, que puede ser interpretada, si se la desgaja de la sustancial esperanza, como un instinto privilegiado, como un simple instrumento en la lucha frente al medio. Y puede el hombre ser considerado así como un animal inteligente que extiende y universaliza su dominio en un medio más amplio. Y al decir «animal» nos referimos a la idea del animal como organismo fijo, como una especie de máquina de vivir. Todo ello procede de una concepción mecánica de la vida. Mas que

la vida tenga un estrato mecánico no revela el que sea la vida, sin más.

Este padecer la realidad y este excederla se encuentran en la esperanza y revelan la estructura metafísica de la vida humana. De la vida a causa del sujeto que la vive, antes que de ella misma. O quizá el ser hombre sea la vía de acceso para descubrir la estructura metafísica de la vida, el lugar donde se revele, sin más que aceptar finalmente la condición humana.

No le es accesible al hombre penetrar en el interior de la realidad que le rodea. Pero la conoce interiormente. Interiormente, y no «subjetivamente», como si estuviese sumergido en el corazón de la realidad. Y al mismo tiempo a ella extraño.

En el subjetivismo no hay extrañeza ninguna, diferencia ninguna ni resistencia alguna de lo real que se da solo dentro del sujeto hombre, sea sujeto empírico –psicológico– o absoluto –idealismo–. Lo que decimos es más bien lo contrario: no que la realidad se le ofrezca al hombre subjetivamente solo, en su interior, como si él la abrazara y aun constituyera, sino que es el sujeto quien se alberga dentro de la realidad, en el interior de ella y es por ella rebasado, por ella envuelto. Por ella rodeado y cercado. Mas en modo singular.

Pues no está constituido por la realidad en tanto que aparece, por la realidad que se muestra ante él. Mas, ¿de dónde sale este mostrarse de la realidad? Si fuese cierto lo que enunciarnos, que el hombre como sujeto está enclavado en el interior de la realidad, y aun en su corazón,

o no le sería visible o se lo sería en modo íntegro. Llegaríamos por este camino, que enunciamos como contrario también al idealismo, a la conclusión del *saber absoluto*, de la absoluta visibilidad de lo real, de su total aparecer. A este ser enclavado en el corazón de la realidad todo le sería presente.

Y al hombre no se lo es, presente del todo, sino que ni siquiera le es presente aquella realidad que le invita y concierne, ni siquiera aquella que se le aparece, pues se le aparece en modo discontinuo, fragmentario, alternante. Y no solo le resiste sino que se siente a ella extraño. Extrañeza que se abre cuanto mayor es su distancia con ella y su conciencia. Dentro de la realidad y de ella divorciado, por ella cercado y en inexorable trascenderla. Como si ella, la realidad en su fondo, le abriera un hueco al que no ha ido todavía, un lugar aún no ocupado y que sería su completo acabamiento; lo que es el cese del trascender y del padecer gemelos. Como si estuviera desplazado. Mas no como siendo ya lo que se ha de ser, lo que se tiende a ser, sino por no serlo todavía. Por no serlo todavía y serlo ya, pues si no lo fuera podría renunciar y cesar ya en su trascender y en su padecer. Y quedar así exterior y aun extraño a aquello que le rodea, vaciado de intimidad. Sin un dentro, sin ser sujeto en ningún sentido. Sin memoria y sin futuro. Sin tiempo.

El tiempo, el modo en que el hombre vive el tiempo y vive en el tiempo, depende de este trascender inexorable. De este estar dentro de la realidad, por ella circundado, y de esta exigencia de atravesarla para ir ganando otras